

- Sandino Núñez -

# PROHIBIDO PENSAR



**ENSAYO**

M O N T E V I D E O  
2 0 1 1

## LA UTOPIA SINCERA\*

Había un corto publicitario de un supermercado que mostraba a un señor que “era un divino”, pero que decía siempre la verdad. El señor era, francamente, un grosero: se metía con la vecinita que había pegado el estirón hormonal y ahora tenía un lomazo espectacular, repudiaba la comida que le servían, decía a los jóvenes padres que su hijito era feo. Su esposa era recatada y ambigua: admitía que decir siempre la verdad era un defecto, pero en el fondo parecía creer que la sinceridad, a fin de cuentas, no era algo para reprocharle a nadie. Esa verdad, en suma, redimía cualquier incivismo.

La glorificación de la sinceridad más ramplona siempre aporta su color más heroico al consumo de lo que sea. Las consignas del tipo “las cosas como son”, “la envidia sana no existe”, siempre pone al consumidor *teenager* en cierta posición de brutal honestidad: *y bueno, mijo, es la verdad*, y le están diciendo al otro que es feo, que tiene cáncer o que la novia le pone los cuernos. La sinceridad o la honestidad es el valor superior de la cultura de masas. Más que cualquier otro. Es razonable. En su enloquecimiento por mostrar y transparentar todo, es decir, de mostrar, especialmente, lo que suele estar oculto (lo feo, lo sucio, lo corrupto, lo *falso*), la televisión ha construido una especie de ética brutal de intercambio que consiste en decir verdades infames o pueriles a los cuatro vientos. Es una ampliación generalizada y demencial de las escenas conventilleras o barderas, que antes se reservaban para indicar, en clave de comedia o sainete, que asistíamos a una forma no civilizada de relacionamiento entre personas poco educadas. *Te canto las cuarenta*. La gran frase que corona los exabruptos entre mediáticos de la televisión argentina, por ejemplo, es “yo soy así: no tengo filtros”, o “quitémonos las caretas”. Algo así como “tengo un defecto: digo siempre la verdad”. La cultura de masas funciona en el suero de la verdad y difunde la peste de la verdad.

\* Episodio 11, bloque 3, ciclo 3. “Sinceros y más que sinceros”, emitido en 10/2010.

Los griegos tenían una palabra para este fenómeno: *pelotudez*. No, mentira: la palabra era *parresia*. Literalmente quiere decir “decir todo”, y metafóricamente, “hablar libremente, hablar atrevidamente”. La diferencia es que para los griegos la soltura de la *parresia* tenía que ver con la verdad política, con el bien de todos. Alguien se sincera y dice una verdad por el bien de todos (algún parentesco tiene con la idea de confesión). Pero la *parresia* mediática es, en este punto, exactamente al revés. Lo importante no es, en absoluto, el sentido público de verdad, sino el gesto, provocador y auténtico, de decir, y de decir a los gritos. Se diría que lo que fascina en esta *parresia* es el carácter completamente trivial, insignificante y privado de las minúsculas verdades que se ponen en juego. Se diría que se la celebra como al arte efímero, por la escasísima duración de sus efectos. Finalmente, viene la radical indiferencia con la que todos nos hemos acostumbrado a escucharlas.

Vamos así del imperativo de la sinceridad a la indiferencia extrema como la forma más brutal de incivismo. Ya no se trata de que digo una grosería porque no tengo filtros o porque soy auténtico, sino que se llega a un escalón superior: soy grosero porque no me importa en absoluto lastimar al otro. No soy valiente al ser sincero. No soy nada, no me importa lo que ocurra con el otro, no me importa el otro, no hay otro.

Así, algo mucho más inquietante que el célebre egoísmo narcisista de Fido Dido con su “hacé la tuya”, y más que la sinceridad provocadora y grosera de los *sin filtro* está apareciendo ahora. La indiferencia en la que caemos llama inmediatamente a un nivel todavía superior para despertarnos. Ahora se liga lisa y llanamente la autenticidad y el placer a hacer daño, a ventajear, a joder al otro por motivos infames, o sin motivo alguno. Un amigo invita a otro con un café y le deja la taza más chica. Un niño distrae a otro (“¡mirá un peceto!”) y le afana la galletita. Una pareja de novios tiene una pelea encantadora en ralentí por el último pedacito de chocolate (y el que gana se come todo, sin piedad). En una reunión de amigos hay uno botón que se encarga de mandar al frente a otro, dejándolo en una posición vergonzosa. Y el ámbito de ese intercambio de agresiones, garroneos y humillaciones es nada más ni nada menos que la amis-

tad y la confianza. Por eso no es raro que la tele después “eduque en *valores*”, teniendo en cuenta la despiadada escena individualista, competitiva y cuantificada que monta cotidianamente.